

---

# El "desastre natural" en Piura, Perú, seis años después. Conciencia y voluntad.

Eduardo Franco TEMPLE\*

## Introducción

El presente trabajo es un primer intento de restituir la presencia de los desastres naturales, particularmente los relacionados con el fenómeno de la corriente de El niño, en la memoria y conciencia colectivas en la región de Piura. Se pregunta por el lugar que ocupan estos desastres en la memoria colectiva y por el significado de algunas respuestas inmediatas a estos desastres que permanecen luego de concluidos los acontecimientos. Señala cómo los desastres naturales se encuentran muy presentes en esa memoria pero cumpliendo una función cronológica (los desastres sirven a la memoria para ubicar sucesos y diferenciar etapas en el devenir histórico) o como explicativos de ciertos hechos (las sucesivas ubicaciones de los pueblos, por ejemplo) más que generando comportamientos de previsión acordes a la dimensión de los desastres que tratamos aquí y de sus efectos catastróficos.

Dado el hecho evidente de la abundante presencia de los desastres en la memoria colectiva nos preguntamos entonces acerca de la razón de por qué no genera ese otro tipo de comportamientos de previsión. Proponemos una respuesta según la cual esto no ocurre porque, dadas las dimensiones de los desastres tratados y de los hechos sociales implicados en la generación de sus efectos, su previsión significaría una crítica muy profunda de los procesos sociales que, en general, los distintos sectores, o no se sienten en condiciones de asumirla o prefieren hacerlo en otros ámbitos más tradicionales de crítica social. Al grado de, en general también, negar el carácter fundamentalmente histórico-social de las causales del desastre por lo menos en lo que a sus efectos catastróficos e impredecibilidad se refiere. De allí que en la conciencia y memoria colectivas predomine el carácter factual y descriptivo del desastre por sobre el interpretativo.

Sin embargo, sostenemos que una verdadera conciencia del desastre y de la necesidad de su previsión, que distinga los factores propiamente naturales y los sociales del

---

\* Investigador del Centro de Investigaciones y Promoción del Campesinado (CIPCA), Piura, Perú.

mismo, es un camino importante a través del cual se pueden incorporar los fenómenos naturales determinantes de una región (el fenómeno de El Niño por ejemplo) y sus comportamientos excepcionales a un proyecto regional de desarrollo. De allí que nos refiramos al carácter ambivalente (negativo y positivo) de las catástrofes al interior de las regiones y las sociedades.

Finalmente, nos referimos al hecho particular del fenómeno El Niño en la región de Piura en donde, por producirse sus comportamientos excepcionales con largos intervalos (50, 70 y 100 años), el hecho de que una misma generación no los vaya a vivir dos veces -idea en la cual la tradición local educa a la población-, abona a favor de que ninguna generación, luego de cada desastre, tome finalmente conciencia o se decida a incorporar el fenómeno en su verdadera dimensión, postergando siempre la tarea, socialmente difícil, de aceptar y asimilar su significado.

## **I. El "desastre natural"**

### **1. Conclusiones en 1983: efectos sociopolíticos y a nivel de la conciencia de lo que se halla implicado en el desastre.**

Al leer la convocatoria al "Segundo Seminario Latinoamericano sobre Desastres y Vulnerabilidad de los asentamientos Humanos" no podemos dejar de notar que, en relación al Primer Seminario Latinoamericano sobre Desastres Naturales llevado a cabo en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, en 1984, se ha eliminado la palabra "natural". Esto trae nuevamente a mi memoria un hecho que me es difícil de olvidar y es que, cuando le mostré a un colega del instituto al que pertenezco el artículo sobre el desastre en Piura de 1983 que había preparado para la publicación posterior a ese seminario, y que llevaba el título de "El Desastre natural en Piura", conociendo este colega no sólo el contenido de mi

artículo sino la perspectiva en que los desastres "naturales" estaban siendo trabajados por el grupo que organizó y se reunió en esa ocasión, se sorprendió mucho del título y me preguntó si no consistía en una ironía. No llevaba comillas aquello de "natural"; no era por tanto una ironía. Se trataba, más bien del más genérico y menos comprometedor nombre que había encontrado para algo que aún en Piura no sabíamos definir exactamente. Se trataba, en cierto sentido, de una experiencia "inédita": era el primer "gran desastre" que tenía que ver, sobre todo con "la naturaleza", que nuestra generación y la anterior, la de nuestros padres, habíamos vivido. Los más próximos testimonios sobre la anterior irrupción del ahora llamado casi comúnmente "Fenómeno de El Niño" (Mugica, 1983), recibidos, como siempre sobre todo en el ámbito familiar, nos remitían a los recuerdos familiares de los abuelos sobre "las lluvias del año '25". En el ámbito urbano y familiar, eran una lluvias que habían obligado a nuestros abuelos a arremangarse los pantalones hasta la rodilla o a hacerse llevar al hombro por "cargadores" para pasar de una vereda a otra en la ciudad. Sólo cuando ese año se inundaron hasta el segundo piso modernas urbanizaciones de clase media y alta, afloraron, en forma poco elaborada aún pero anunciándose ya el nuevo lugar que podrían ocupar en la conciencia colectiva, los recuerdos de "los viejos" de que, sí, que esas eran justamente "las zonas (periféricas a la ciudad) en que se habían formado lagunas en las lluvias del año '25". Cuando en el artículo mencionado reflexionamos acerca del hecho de que esas aguas que inundaron varias urbanizaciones no eran del río -del cual la ciudad se encontraba, como se encuentra ahora, protegida por importantes defensas- sino de las lluvias para las cuales las urbanizadoras no habían previsto desagües pluviales, afirmamos con una relativa confusión entre la propia conciencia y la

verdaderamente colectiva- cosas que no son falsas pero que después de 6 años resulta importante y sobre todo útil para el tema que nos convoca, evaluar. En la parte de Conclusiones, en un acápite final titulado "Una nueva conciencia, nuevos sujetos sociales" decíamos en noviembre de 1984:

"Cabe señalar aquí algunas transformaciones producidas a otro nivel. El desastre de 1983 puso a Piura frente a esas realidades que siempre existieron pero que nunca se vieron como en esos días. Queremos destacar, como ejemplo, lo que ocurrió con las capas medias urbanas. Estas vieron sus casas, urbanizaciones enteras construidas con ahorro y sacrificio, inundarse completamente, no con las aguas del río, sino con el agua de las lluvias que no tenían por donde evacuar. Eso los ponía frente a una evidencia: los terrenos sobre los que habían construido sus casas eran terrenos bajos para los cuales las urbanizadoras no había previsto ningún desagüe pluvial. No había habido tampoco un Estado que velara por sus intereses y fiscalizara a esas urbanizadoras. El empleado medio descubría, trágicamente pero con una huella difícil de borrar en su memoria, cómo su destino individual dependía y estaba ligado al de una eficiente organización política de la sociedad, cómo la honradez en el cumplimiento de las funciones públicas, la competencia de los funcionarios públicos, pero también las formas de control para garantizarlo, tenían que ver con su vida individual, con su futuro familiar. Y esa experiencia la vivió con cada uno de los servicios que fallaron: agua, desagüe, luz eléctrica, transporte urbano, pistas y veredas. Marcado por la experiencia en carne propia (decíamos del sector medio) podrá entender ahora los reclamos de otros sectores (nos referíamos a los campesinos,

obreros, maestros, comerciantes informales, pueblos jóvenes, etc.) Los distintos sectores, convertidos en actores sociales en virtud de la conciencia de su situación, comienzan a estar en condiciones de comunicarse entre sí, de reconocer intereses propios, distintos o comunes, y de imaginar proyectos colectivos" (Franco 1985: 200-201).

## **2. La inexistencia de una conciencia particular sobre el hecho específico de un "desastre natural" y la necesidad de su previsión.**

Debemos decir que hacíamos afirmaciones sólo relativamente ciertas. En efecto, el fenómeno demasiado cerca, demasiado impresionados tal vez por el fenómeno propiamente social y político de la constitución a raíz de la emergencia de un Frente Cívico que reunió a sectores sociales o clases hasta ese momento casi incomunicados entre sí en el contexto de la post-reforma agraria del gobierno militar (1968-1980), confundíamos la progresiva transformación de sectores sociales en factores sociales, capaces de actuar con criterios objetivos -ligados a su situación social concreta<sup>3</sup> -con una conciencia particular sobre el fenómeno particular que había servido de detonante a ese proceso sociopolítico: el "desastre natural". Por un lado, es estrictamente cierto que los sectores sociales que comenzaron a actuar con relativa autonomía y representación política propia a partir del desastre de 1983 lo siguen haciendo todavía. El proceso de formación de estos grupos que hinca sus raíces en la modernización de la sociedad peruana a partir de los años 30 y que adquiere especial dimensión en los años 70 del gobierno militar con el crecimiento del estado, del mercado interno y la reforma agraria, continúa y puede comprobarse con el fortalecimiento de la sociedad civil en algunas regiones del país.

Esto es particularmente cierto con los llamados sectores "intermedios" del estado y "medios" de la sociedad. Pero, por otro, la conciencia de la necesidad de prever las posibles consecuencias de lluvias fuertes, si la evaluamos a partir de hechos concretos, especialmente en una región en donde están vinculadas a un fenómeno natural permanente como el fenómeno de El Niño y que determina gran parte de su clima y destino, no parece haber ido mucho más allá del hecho casi anecdótico de que aún en los periódicos locales- pero cada vez menos frecuentemente ya- los avisos que anuncian venta de terrenos especifican: "se vende terreno, en zona alta". Estos avisos, además de ser más un efecto de previsión individual, parecen estar más ligados al recuerdo de la diferencia que vivieron quienes habitaban en zonas altas en relación a los que no, más ligados a una sensación de ese entonces, que a un raciocinio socialmente incorporado a estructuras y dinámicas, o a comportamientos normados para el conjunto. Y sabemos -como veremos más adelante- qué restrictiva puede ser la memoria, cómo ésta conserva sólo parte del contenido intelectual de las sensaciones. Veamos en todo caso, qué pasa con el recuerdo; para ello recurriremos a ellos.

## **II. Preeminencia del carácter factual y descriptivo del desastre en la memoria colectiva**

**1. El "desastre natural" como suceso utilizado para periodificar la historia; respuestas durante los acontecimientos que permanecen luego de culminados (lo provisional se hace permanente) y que contienen un efecto previsor; carácter pasivo de los mismos.**

**1.1. En las ciudades principales: lo provi-**

**sional se hace permanente.**

Quizá el mejor ejemplo de "efecto pasivo de previsión" por su claridad y contundencia, pero también por lo reciente que resulta para la región es el relativo a lo que ocurrió en 1983 en Piura con la defensas del río, particularmente a la altura de la ciudad. Ese año, a pesar de que el río Piura extremó en forma sobreabundante su caudal (más que quintuplicó su caudal anual promedio, incluso si se toma en consideración los años de mayor caudal como el que inmediatamente referimos)<sup>4</sup> no llegó a salirse e inundar ni siquiera las partes más bajas de la ciudad al lado de las cuales pasa. Este podría considerarse un caso ejemplar de previsión. Sin embargo, no es así. Esas defensas fueron construidas por el Proyecto Chira-Piura, con el concurso directo de la firma yugoslava que lo ejecuta, durante el anterior año lluvioso relativamente comparable al 83, el año 1972 en el que el río se salió de su cauce e inundó las partes más bajas de la ciudad, otras ciudades del valle y un importante número de hectáreas cultivadas. Si la ciudad de Piura se encontró protegida durante este año fue por efecto de las acciones de defensa durante hechos consumados, no como efecto de una previsión de más amplia proyección. La prueba es que en zonas más al suroeste de valle, en donde el relieve del terreno colabora menos con las defensas, éstas cedieron frente a la crecida del río produciendo inundaciones. De hecho la ciudad se encontró protegida pero por efecto indirecto (efecto pasivo de previsión) de la respuesta inmediata a un desastre anterior.

Hechos de este tipo, de menor contundencia pero igual significado, los encontramos prolijamente en la historia de Piura. Uno que salió a relucir en 1983 es el referente a una zona alta y descubierta de Piura, llamada justamente Buenos Aires, que sufrió menos durante las lluvias precisamente por la altura del

terreno. Hoy en Buenos Aires, parte de la zona, en realidad la menos alta, está ocupada por residencias de clase media y altas. Estas, en virtud justamente de encontrarse en la zona menos alta, sufrieron un poco más. Pero en lo que constituye hoy una zona periférica de ese barrio, pero que fue la inicialmente habitada, se encuentra un barrio popular familiarmente llamado hasta los años '60 como el "barrio de las latas". Esta zona está ocupada precisamente por los herederos de los damnificados del año '25 que tenían sus casas en zonas en ese entonces periféricas al casco urbano de la ciudad y que se destruyeron durante esas lluvias. En ese entonces el Municipio de la ciudad loteó las lomas, en esa época lejanas y descubiertas al viento, de "Buenos Aires y entregó esos lotes a los damnificados". Allí estas familias construyeron con materiales baratos o de descarte sus casas: en ese entonces abundaba la lata que era el envase más común, y de allí el nombre del barrio. Con un apelativo entre cariñoso y despectivo, composición popular y terrenos poco valorados social y económicamente en ese entonces, las casas allí levantadas y calles del sector sufrieron menos que otras zonas en 1983. Hubo allí un efecto de previsión, pero no proyectado. Este efecto pasivo de previsión corrió históricamente por cuerda separada a la conciencia de desastre y previsión.

En las lluvias de 1972 nacieron también en la ciudad varios "pueblos jóvenes"<sup>5</sup> que se asentaron en zonas más lejanas, con menos servicios, pero en terrenos altos y nuevos, con una mayor capacidad de absorción de las aguas de las lluvias. Así ocurrió, por ejemplo, con el llamado "Nuevo Catacaos", nuevo barrio de la muy antigua capital del distrito de Catacaos, al que se trasladó buena parte de los habitantes de un antiguo barrio suyo ("Monte Sullón") que resultó totalmente inundado por las aguas del río. "Nuevo Cata-

caos" sufrió también menos que otras partes de la ciudad durante el año '83, pero lo que volvió a ocurrir ese año con los antiguos barrios, que se volvieron a inundar con el agua ya no del río pero sí de las lluvias, demuestra que el beneficio obtenido por el nuevo barrio no tenía que ver con una nueva conciencia de previsión más amplia sino únicamente con un efecto pasivo, indirecto, de una respuesta inmediata al desastre anterior. Igual ha ocurrido en Piura y otras ciudades de la región con nuevos pueblos jóvenes que se han levantado. Lo mismo con caseríos rurales que, inundados los valles, trasladaron gran parte de su población a zonas marginales pero altas de los mismos y que han permanecido allí pasado el desastre. Estos traslados y nueva fundaciones en general -aunque no siempre, como veremos más adelante- resultan positivas pero, considerando que los desastres, y en particular las manifestaciones del fenómeno de El Niño, adquieren características distintas -por las variaciones del fenómeno natural mismo y por el distinto contexto socioambiental en que se produce- cada vez que éste asume comportamientos excepcionales, estos traslados resultan insuficientes. De allí que sea importante mirar estas respuestas durante los acontecimientos que luego permanecen, en función de la relación que tienen o no con una conciencia particular de previsión de los desastres.

## **1.2. En los pueblos y cultura campesinos.**

En las sociedades ágrafas, y en lo que hoy constituyen las sociedades analfabetas<sup>6</sup>, es común encontrar a los desastres naturales sirviendo para ubicar cronológicamente sucesos o para diferenciar épocas. Las poblaciones están asentadas aquí o allá antes o después de un terremoto, de un maremoto, una inundación o el cambio de curso de un río. Son efectos inmediatos y concretos que

nos remiten al fenómeno catastrófico pero cuya permanencia en el tiempo contienen ese cierto sentido de previsión que hemos mencionado. Pero no siempre resultará así. Habrá casos -como los que hemos visto en la ciudad de Piura- en que un pueblo que permanece en su ubicación se encontrará sólo en parte más protegido de futuros desastres si son del mismo tipo. Pero habrá otros en donde la nueva ubicación tendrá un efecto claramente contrario. Para el primer tipo de efecto tenemos un caso clásico y muy antiguo en la historia rural escrita y oral de la región con respecto a la ubicación del pueblo de Sechura (fundamentalmente un pueblo de pescadores, en parte de agricultores y hasta hace algunas décadas, de arrieros) con relación al "maremoto" de 1798. Este pueblo se trasladó en esa fecha de prácticamente las orillas del mar a 10 kilómetros tierra adentro en donde permanece hasta la actualidad. Y la memoria colectiva nos repetirá una y otra vez que está más protegido de las posibles inclemencias del mar. No será necesario sino urgar mínimamente en documentos antiguos (Cruz 1982: 138; Agurto 1968) o en la historia oral de Sechura para encontrarlos inmediatamente con ese maremoto. Un "antes" y un "después" del mismo aparecerá en cada uno de los aspectos de su historia. Sin embargo, en el año 83 Sechura sufrió tanto o más que otros pueblos. La ciudad no sufrió los maretaños de ese año pero si las caletas que se han extendido a lo largo de la costa en parte como efecto del traslado y de las que en gran medida vive el pueblo, sufrió la actividad pesquera, padeció entonces hambre y enfermedad y -además- sus casas se desmoronaron por efecto directo de las lluvias. Hay pues en la ubicación del pueblo un efecto de previsión, un efecto pasivo que, sin embargo, teniendo en cuenta el conjunto de características cambiantes del fenómeno natural resulta bastante menos que suficiente. Lo que la catástrofe produjo por sí misma (el cambio de

ubicación del pueblo) y su función cronológica parece entonces prevalecer.

Un caso en que la nueva ubicación resulta claramente contraproducente, y que se produjo esta vez para responder, al cambio de curso de un río, corresponde a Simbila, un pueblo de alfareros (y actualmente también de agricultores) ubicado a 4 kilómetros de la ciudad de Piura<sup>7</sup>. Simbila se encontraba hasta antes de 1925 en la zona llamada de La Legua, parte del territorio de la misma comunidad campesina (la Comunidad de Catacaos) y del mismo valle (el del Piura), pero en la margen derecha. Allí se encontraba este pueblo de alfareros junto a su yacimiento de arcilla. El cambio del curso del río lo obligó a trasladarse a la nueva ubicación en la que permanecieron protegiéndose de la humedad del río. Allí los encontró el fenómeno de 1983. Pero tal ubicación les fue contraproducente. En efecto, al lado del pueblo se levantó, sobre un terraplén de cerca de dos metros, la moderna carretera que une Piura y Catacaos. La carretera los protegería de las aguas del río que se salieron de su curso a esa altura pero, al mismo tiempo, serviría de muro de contención a las aguas acumuladas de las lluvias convirtiendo a buena parte de la superficie del pueblo en una laguna de agua estancada foco de muchas infecciones. La modernidad, el cambio del contexto ambiental (el moderno terraplén de dos metros pasando al lado del pueblo) había cambiado el carácter inicial de la nueva ubicación acrecentando finalmente su vulnerabilidad. En este caso vemos cómo el carácter pasivo del traslado y permanencia posterior del mismo resulta negativo en relación al anterior asentamiento que esta vez sufrió menos por ser una zona que se hallaba mejor protegida por las defensas del río y con un relieve que favorecía el desagüe pluvial. Ya no se trata sólo de un fenómeno de El Niño que puede tener cada vez distintas manifestaciones,

sino de un cambio en el contexto ambiental que convierte en negativo lo que en determinado momento fue una respuesta adecuada a la circunstancia. Esto nos descubre otro de los principales límites de cuando los cambios se producen como un efecto pasivo de previsión. No obstante, las lluvias del año '25 siguen siendo en la memoria de Simbilá un lugar al que se llega constantemente. Río y cerro, agua y tierra, humedad y arcilla son parte del imaginario colectivo que no logra, sin embargo, transponer los límites de lo que de hecho ocurrió, de lo factual. El desastre no parece ocupar en la memoria colectiva sino el lugar de lo descriptivo. ¿Habrá un lugar en el que acceda a la interpretación?

En Catacaos, Bajo Piura, probablemente la devoción religiosa más importante, por su extensión territorial y por el lugar que ocupa en la vida cotidiana, está constituida por dos "santos": Dimas y Gestas, que son dos figuras míticas que en la tradición católica corresponden al buen y mal ladrón que acompañaron a Cristo en la crucifixión, por lo que estas imágenes forman parte muy importante en la celebración anual de los ritos de Semana Santa de tanta significación para el campesino en el lugar. La tradición cuenta que las dos imágenes originarias que se encuentran actualmente en la misma ciudad de Catacaos, y que hoy se hallan reproducidas a nivel de todo el territorio de la comunidad, fueron talladas a fines del siglo pasado por un artesano filipino que vivía en La Legua (anexo de la comunidad) pero que, no obstante, la abundante devoción con la que hoy cuentan no se produjo sino hasta el año 1925 de las lluvias. En la religión campesina, especialmente Dimas es un santo ligado a las solicitudes de salud. A él, mediante prácticas rituales muy particulares, se le solicita la curación de dolores y enfermedades. Y cabe entonces la posibilidad de encontrar una relación intrínseca entre estos santos y la cir-

cunstancias en que la tradición ubica el explosivo crecimiento de su devoción. Gestas, por otro lado, se encuentra ligado a los robos y pérdidas de animales, que no dejan de ser propios también a esas circunstancias. Por otro lado, está la interpretación de otros autores (Crumrine, 1980) según la cual estos personajes parecerían encontrarse en un status intermedio entre lo humano y lo divino. En cualquier caso, estos dos santos, se encuentran ligados de hecho a una catástrofe; parecen ser, también objeto de la función cronológica de los desastres pero su verdadero testimonio -su vinculación más íntima con el desastre, que pueda adentrarnos en la visión que el campesino tiene sobre él, o lo que una suerte de memoria ritual registra a través de los tiempos- permanece mudo ante nosotros. Parece necesaria nuestra interpretación para hacer hablar a la memoria ritualizada al interior de nuestra propia historia. Eso podría permitirnos acceder a ese plano interpretativo en donde se juega la pasividad o la acción, sus componentes, sus limitaciones. Interesa también porque estos hechos, estos "santos", podrían finalmente convertirse en testigos mudos para siempre incluso para esa misma población que les profesa devoción si ella pudiera paulatinamente ir olvidando la circunstancia concreta en que cobró importancia en sus vidas.

Otro caso de función cronológica de los desastres y efecto inmediato que se hace permanente en la vida de las poblaciones podemos verlo en los desplazamientos que desde fines de siglo pasado y comienzos del presente vienen viviendo las poblaciones asentadas hoy en el despoblado de Piura<sup>8</sup>. Se trata de poblaciones que originariamente parecen haber combinado la explotación de los recursos de los valles con los del despoblado y que más tarde, a partir de la expropiación de las tierras comunales campesinas de los valles por parte de las haciendas algodo-

neras en expansión desde mediados del siglo pasado, trasladaron sus asentamientos al despoblado y comenzaron a vivir únicamente de los recursos del mismo (Franco 1985-A). Más que la excesiva presión sobre estos recursos, antes combinados con los de los valles, que este hecho significó y significa para la región, lo que nos interesa destacar aquí es cómo la memoria de estas poblaciones registra a través de los fenómenos naturales del tipo que tratamos, las etapas de su tránsito desde el valle hasta su asentamiento definitivo en el despoblado. Es así que aparecen nuevamente las lluvias de 1925 como un momento de particular importancia para ciertos asentamientos relativamente transitorios al interior del despoblado.

Pero aquí la función cronológica parece remitirnos también a otro plano: la importancia de la relación causal entre estas lluvias y el acrecentamiento de los recursos que les permitió sobrevivir con sólo los recursos del despoblado (pastos, bosques y posiblemente temporales). Sin embargo, entre la función cronológica y aquella que asignaría a las lluvias la condición de su permanencia en el despoblado, se pierde para la memoria un factor que quizá será sólo recuperable mediante una lectura histórica o ilustrada de los sucesos y que nos conduce a la escasez de tierras o, en general, de los recursos del valle en donde se habría combinado la expropiación compulsiva de las tierras cultivables (de riego o humedad cerca al río) por parte de las haciendas en expansión, la reducción de los recursos boscosos en el valle por efecto de la misma expansión del monocultivo del algodón, y un crecimiento poblacional importante que se hace patente para principios de siglo<sup>9</sup>. Este factor social queda oculto en la asociación indudablemente justificada entre las lluvias del '25 y algunos asentamientos. Pero en donde queda sólo aparentemente más oculto aún el proceso dentro del cual se producen estos cambios en la ocupación

humana del espacio regional y en la utilización de los recursos naturales es justamente allí en donde pareciera, paradójicamente, asomarse una posible elaboración de otro orden respecto a esos cambios, una virtual elaboración mítica: con una aparentemente exclusiva función cronológica estas poblaciones señalan el terremoto de 1912 -que recuerda todo pueblo y ciudad en la región- como el momento en que se apartaron definitivamente del valle y se trasladaron al despoblado. Los testimonios no han sido aún suficientemente aclarados pero es otro camino que parece importante de seguirse. Se trata, por un lado, de la posibilidad de que, en la función cronológica de los desastres, se encuentre registrada y oculta al mismo tiempo la memoria de otro tipo de cataclismos: en este caso históricos y sociales como el que referimos para el valle; y también que, allí mismo, se encuentren registrados los efectos de un desastre particular (destrucción, mortandad, desestructuración) que definieron una situación ya avanzada del proceso social mismo que aludimos y que empuja a las poblaciones a nuevas opciones de subsistencia. En el primer caso, la sensación de exterioridad y contundencia del hecho natural coincide con la misma sensación y características del hecho social; ése sería el mecanismo categorial que permite la analogía por la cual el primero se registra con el segundo. En el segundo caso, la sensación o aparente irreversibilidad de las causas que generan el traslado hace que en la memoria sólo subsistan las nuevas opciones. En ambos casos no deja de haber una cierta visión en donde la historia, por lo menos aquella que trasciende el marco de lo individual, es vivida como ajena.

Finalmente, diremos que este tema parece importante por dos razones. La primera, es que pareciera necesario encontrar una respuesta al hecho de que, a pesar de que los



desastres naturales están tan presentes en la memoria colectiva al extremo de tener una principalísima función cronológica, esta presencia no pase de lo aparentemente descriptivo y sea incapaz de generar mecanismos y prácticas de previsión y o adaptación. La segunda es porque tal fenómeno parece producirse en la sociedad en su conjunto. Ello no sólo ocurre con las poblaciones más subordinadas sino con los sectores que virtualmente tienen acceso a las decisiones políticas. La hipótesis es que todo no ocurre porque se niega, o se oculta, el desastre mismo de su ser histórico y social. Para un poblador de Sechura no está en sus manos cambiar las condiciones de construcción de sus viviendas y la articulación con la región de tal manera que frente a unas lluvias como la de 1983 no quede totalmente incapacitado para subsistir o pueda por lo menos reducir el impacto del fenómeno; un artesano de Simbilá parece encontrarse a tantos siglos de distancia del terraplén y la cinta de asfalto que sumió en el agua sus casas de carrizo y barro que se le aparece imposible cambiar sus condiciones de vulnerabilidad; para los pastores transhumantes del despoblado ya no hay cabida ni recursos en el valle, tampoco trabajo en las fábricas de la ciudad por lo que deberá seguir sobreexplotando los recursos del despoblado; por eso es que, luego del desastre, se busca simplemente volver a la "normalidad". Pero esto podría ocurrir incluso a la comunidad científica, educativa y política porque, cuando frente a catástrofes como las causadas por el fenómeno de El Niño en Piura, nos preguntamos sobre las condiciones que podrían hacer posible una verdadera previsión para el futuro, no se logra aún discernir entre lo posible y lo imposible o formular proyectos concretos de política en que se incorporen los determinantes naturales al grado de obtener una práctica de previsión y adaptación.

### 1.3 En el campo agrario: antiguas adaptaciones

Un distinto tipo de relación con los cambios de la naturaleza y que comporta un carácter activo y un nivel importante de adaptación es lo que encontramos en la antigua disposición espacial de la estructura de propiedad de la Comunidad de Catacaos. Esto lo tratamos en nuestro artículo anterior sobre el desastre en Piura.

Allí decíamos:

"La distribución de la tierra se hacía en forma perpendicular al río, en lotes de cincuenta varas de frontera partiendo de él y se extendían por siete leguas de fondo hasta el cerro "El tunal", en el desierto de Paita, límite del territorio comunal con el de la comunidad vecina. Esto implicaba no sólo una toma de agua propia para cada parcela sino, sobre todo, una adaptación muy eficaz a la irregularidad del caudal del río en la lógica de una agricultura de secano y de humedad.

En los años abundantes podrían regar mayores extensiones, o partes de las parcelas más alejadas del río; las lluvias, asimismo, permitirían sembrar en las partes cercanas al desierto; pero en los años secos se aseguraban, para cada uno, por lo menos, una parte húmeda y cercana al río.

"Resultaba no sólo una distribución equitativa de los recursos sino una fórmula flexible para los cambios del río. Incluso, tratándose de lotes tan largos (7 leguas de fondo) era la estructura que mejor opción tenía frente a los cambios de cauce. Igualmente se tenía acceso a diversos tipos de terrenos y distintos tipos de recursos: todos accedían a zonas bajas y altas, terrenos de cultivo, bosques y pastos" (Franco 1985: 190-191).

Lo que queremos destacar aquí es, no sólo la distribución espacial misma propia a una densidad demográfica y un grado de desarrollo tecnológico, sino la diversidad productiva que una estructura así comportaba. El monocultivo actual de productos agroindustriales manifestó una gran fragilidad durante el año 83. No sólo se perdió prácticamente toda la cosecha sino que, destruida la red vial que comunica a la región con otras regiones abastecedoras de sus alimentos, particularmente de los productos de panllevar, las poblaciones no tenían literalmente qué comer. Hoy en día esta situación está variando. Pero, si bien es verdad que hoy ha crecido el número de hectáreas dedicadas al cultivo de panllevar, esto se debe más a la recampesinización de la Reforma Agraria (proceso de parcelación de las grandes unidades empresariales asociativas creadas por la Reforma Agraria de 1969) que, sumada a la crisis del poder adquisitivo en el campo, hace resurgir una agricultura campesina con una lógica de reproducción familiar y de mayor autoconsumo. Comenzamos a preguntarnos entonces ¿dónde está el desastre de 1983? Pareciera que la historia de Piura, interrumpida por la irrupción de un Niño excepcional, pasado éste retoma su camino sin que la experiencia genere nuevos comportamientos. Una irrupción después de la cual, salvo los efectos inmediatos que surgieron -a nivel sociopolítico, ocupación de espacios o biológicos (regeneración vegetal natural de los desiertos, por ejemplo, que más abajo aludiremos)- todo sigue su antiguo curso. Veámoslo con otro ejemplo más.

#### **1.4 En la comunicación con las microrregiones marginales**

Aquí quisiéramos tratar el caso de una de las microrregiones serranas del departamento, la Sierra Central (hoy administrativamente institucionalizada como la Microrregión Andi-

na Central de Piura). Esta microrregión, por lo escarpado y pronunciado de su relieve, por su clima lluvioso y por un conjunto de factores geopolíticos y sociales tiene un problema muy particular de incomunicación con la costa. El proceso de modernización que vive la hace cada vez más dependiente de los productos industriales de subsistencia que provienen de la costa, de tal forma que sus problemas de comunicación vial se agravan en sus efectos. Pues bien, esa incomunicación se vio seriamente agudizada durante la emergencia de 1983, particularmente por la extensión del período lluvioso; ello se agravó por la pérdida de los cultivos que llegaron a instalarse y por la imposibilidad de sembrar en otros casos, así como por la mortandad de los animales; siendo éstos los productos alimenticios locales que constituyen el principal sustento de la población, la situación se hizo prácticamente insostenible. Pues bien, esa incomunicación durante la emergencia será duramente superada pero, terminada ésta ocurre lo mismo que en la costa: los grupos sociales emergentes han logrado constituirse como actores sociales y obtienen una serie de reivindicaciones administrativas como la creación oficial misma de la Microrregión, que les permitirá afianzar su proyecto de modernización: básicamente carreteras para el comercio. Hoy esas carreteras han avanzado significativamente y en la dirección de los intereses de estos grupos que, por otro lado, parecen representar las tendencias económicas predominantes en esa microrregión; pero esas carreteras -de hecho vulnerables incluso por las lluvias estacionales normales- lo son mucho más por unas excepcionales. La posibilidad de estas últimas no parece haber sido incorporada, no en la práctica por lo menos, a los proyectos de los grupos hegemónicos de esa microrregión. La pregunta es ¿por qué? ¿Se trata sólo de la imposibilidad de atraer las inversiones del Estado hacia proyectos viales de una zona

indudablemente marginal? ¿Existe obra ingenieril posible en esa zona para resistir lluvias como las del '83 o es que los proyectos de los grupos hegemónicos deben cuestionarse como parte de un proceso más amplio? Veamos.

La agudización de la incomunicación no fue el único efecto de las lluvias del año '83. Un recorrido rápido de esta sierra subtropical baja y húmeda da a conocer inmediatamente el problema de pérdida de semillas que sufrió ese año y que aún subsiste. Es verdad que ha recuperado -por donación o intercambio con otras zonas- las semillas de maíz y trigo, pero aún subsiste la falta de semilla de cebada y, particularmente, de la arveja. Al prácticamente desaparecer en muchas partes este último producto destinado no sólo al autoconsumo sino también al intercambio o trueque con los arrieros que vienen de la costa, se ha producido y se mantiene un desequilibrio importante en la reproducción del sistema de vida campesino. Del mismo carácter es el problema relativo a la desaparición de la "semilla" del ganado, como el campesino llama a los vientres. Se trata de ganado lanar, vacuno y porcino. Tanto la lana como el queso y las grasas del chancho constituyen bienes claves en el intercambio con el cual el campesino garantiza su reproducción. Si bien ambos problemas no se originaron en el '83, sí adquirieron ese año la gravedad que hoy poseen; ambos problemas son mencionados inmediatamente por el campesino como problemas principales que confronta en la actualidad. Pero, justamente al señalarse como causa única de esta pérdida las características del año aludido, en su solución no se vislumbra ninguna conciencia acerca del hecho de que es el proceso general (de sobreexplotación de los recursos, erosión, etc.) en que el fenómeno los encontró lo que generó el grado catastrófico de la pérdida de semillas y que es sólo sobre ese

proceso base -que es el proceso social de relación con los recursos- sobre el que puede pensarse la previsión o la adaptación. A lo que nos dirigimos es, en realidad, a sostener que la conciencia de previsión y adaptación sólo puede darse en la medida en que, por un lado, se discierna entre los factores propiamente naturales y los sociales y, por otro, puedan integrarse tanto en la interpretación del fenómeno como en su solución. En efecto, en la conciencia campesina, estos problemas pasan a ser sólo parte de un problema más general de pobreza debido a factores que no llegan a integrarse o se perciben en forma independiente unos de otros: escasez de tierras, empobrecimiento de los suelos, pérdida de los bosques, disminución de la productividad, erosión alarmante, crecimiento poblacional al mismo tiempo que migración, disminución del intercambio local recíproco y del mercado microrregional que antes los defendió de los precios de la costa. Y lo mismo ocurre con los sectores políticos. Esto tiene como desventaja el hecho de que la falta de una relación clara pero respetuosa de su complejidad, de causalidad entre la agudización de ciertos problemas y un desastre en particular impide recuperar justamente esa conciencia de que la imposibilidad de soportar un desastre cuestiona justamente el proceso en su conjunto y el "modelo" de desarrollo regional imperante. La idea es que la medida de invulnerabilidad a los desastres es una medida de racionalidad de los modelos de desarrollo. Y tal invulnerabilidad -o el grado que de ella puede obtenerse- sólo puede lograrse si se incorporan los determinantes naturales al modelo.

### **III. El carácter de la presencia del fenómeno de El Niño en la región**

Podemos definir el desastre natural como una irrupción de la naturaleza al interior de un

proceso de largo plazo y, entonces, este largo plazo caracterizarlo en dos planos: el estrictamente natural (el fenómeno de El Niño, por ejemplo) y el histórico: el trascurso de la historia social, los diferentes grupos sociales, las relaciones entre ellos, ubicando aquí las diferentes relaciones sostenidas con la naturaleza. Pero nos interesa destacar ahora en la región existe un fenómeno propiamente natural como el del Niño, que determinará no sólo las características del clima y, por tanto de la economía sino que asegurará, en períodos largos es verdad pero relativamente regulares, comportamientos excepcionales de sequía y exceso de lluvias. Una hipótesis digna de manejarse respecto de la ausencia de una conciencia eficiente sobre los desastres en la región tienen que ver con el hecho social, difícil de superar, de la vulnerabilidad por causas sociales. Sin embargo, tal situación de presión no llega a convertirse en explosiva, por un hecho que constituye la segunda parte de nuestra hipótesis y es que estos comportamientos excepcionales de la dimensión del '83, la misma tradición lo sostiene y -como hemos dicho- en ella hemos sido educados, no los vive, dos veces la misma generación. Por lo menos no siendo adultos que es cuando las experiencias pueden ser racionalmente incorporadas a la práctica. De allí la importancia que les damos a las palabras iniciales de esta ponencia en donde, la experiencias de los abuelos y no la desgracia que fue. Incluso para los abuelos que debieron trasladarse a Buenos Aires, los ratos amargos pueden irse borrando por esa malamente sana idea de que "cualquier tiempo pasado fue mejor". Lo único que puede recuperarnos a la realidad es la historia, la de los documentos que consignan los efectos de un desastre cuando éstos se estaban viviendo en toda su dimensión, aquellos que nos permiten reconocer los factores sociohistóricos de la vulnerabilidad que estaban actuando trágicamente en ellos,

combinados estudio de esos otros testimonios que en un registro distinto nos hablan de una misma realidad.

Recuperar el fenómeno de El niño y los determinantes naturales para un proyecto social regional no es fácil. Es más fácil sin embargo hacerlo a seis años de un desastre que después de dos décadas o tres. De allí que sólo si al plano de la conciencia en el que la investigación y el discernimiento son fundamentales se suma el de la voluntad puede accederse a algún resultado. No es otra la lección de este rápido olvido del que somos testigos. Para enfrentar un problema largamente postergado, al que el conjunto de la sociedad pareciera negarle la existencia misma es mucho lo que hay que mover y, por la experiencia, pareciera también que no puede esperarse de los propios desastres que esos estratos se movilicen. Sin embargo, hay condiciones de hecho que pueden colaborar. Una de ellas es este carácter de ambivalencia que poseen algunos de los fenómenos de este tipo. Ha sido claro, por ejemplo, cómo las lluvias del '83, a más de las desgracias que otra situación social podría haber evitado, dejó también algunos efectos positivos en un zona árida y seca como la región costera que es necesario rápidamente recuperar. La regeneración vegetal en los despoblados y desiertos, por ejemplo, abre nuevas perspectivas de reforestación en un medio altamente depredado y erosionado. En esa ambivalencia parece estar echando raíces una conciencia ecológica que, aunque fruto de muchas influencias, encuentra un terreno más propicio que en años anteriores al desastre. De hecho, en la comunidad científica local -en donde hoy confluyen las ciencias sociales, las de la naturaleza y las ingenierías- el desastre del '83 dejó una huella que no debe dejarse borrar. Este artículo es una mínima muestra, pero si cabe destacar otras expresiones más saltantes. En algunas

organizaciones no gubernamentales y académicas ha aparecido una incipiente y aún no operacionalizable crítica a la organización del aparato productivo agroindustrial en la región, una revalorización de los cultivos alimenticios, de los recursos forestales y la reforestación y, en general, de nuevas formas de relación con los recursos naturales; asimismo, a nivel oficial existen algunas iniciativas de coordinación interinstitucional que deben servir de base para el diálogo entre distintos sectores sociales y de la producción. No hay que olvidar que fueron muchos los momentos en que incluso los sectores económicamente más favorecidos de la región, industriales y comerciantes, vivieron momentos de angustia y parálisis que los acercó a los sectores populares menos favorecidos. Un desastre termina afectando a todos y a todos interesa su prevención. Es así que hoy se encuentran asociados en una institución, por ejemplo, todos los organismos públicos que tienen que ver con el fenómeno de El niño, desde el Servicio Nacional de Meteorología e Hidrología hasta el Instituto Nacional de Estadística, pasando por el Instituto del mar y el Servicio de Meteorología de la Marina. Allí tienen interés los campesinos y agricultores pero también los industriales y comerciantes, también la comunidad científica y educativa. Si bien la memoria nos puede volver a ser ingrata no lo es suficientemente todavía como para desanimarnos en el esfuerzo o hacernos perder la esperanza.

## Bibliografía

- AGURTO, Lizardo. (1968). Documentos que se relacionan con la historia de la Comunidad de indígenas de Sechura, la Asociación de Pequeños Agricultores del valle de Sechura i con los límites de los departamentos de Piura-Lambayeque. Piura. 83p.
- BERNEX, Nicole y Bruno REVESZ. (1988). Atlas regional de Piura. Piura, CIPCA-PUC. 208 p
- CAMINO, Lupe. (1982.) Los que vencieron al tiempo. Simbilá, Costa Norte. Perfil etnográfico de un centro alfarero. Piura, CIPCA. 139 p.
- CAPUTO, María Graciela; HARDOY, Jorge Enrique e Hilda María HERZER (Comp.). (1985). Desastres Naturales y sociedad en América Latina. Buenos Aires, Grupo editor Latinoamericano. 258 p.
- CRUMRINE, Ross (1980). Ritual pascual en la costa norte peruana. Catacaos, Piura. Ponencia al Congreso de Americanistas. Vancouver. 20p. (Mec.).
- CRUZ, Jacobo. (1982). Catac Ccaos. Origen y evolución histórica de Catacaos. Piura, CEP-CA. 632 p.
- FRANCO, Eduardo. (1985). "El desastre natural en Piura". En: CAPUTO, HARDOY y HERZER (1985). 25 p
- FRANCO, Eduardo. (1985)-A). "Ocupación humana del espacio, economía e historia en el despoblado de Piura-Chulucanas". Ponencia al Primer Congreso Nacional de Investigación en Antropología. Lima, 24-28 de noviembre. 27 p.
- MUGICA, Ramón. (1983). El fenómeno de "El Niño". Piura, Talleres Gráficos Universidad de Piura 52 p.

## Notas

2. El nombre exacto era: "El impacto socioeconómico y ambiental de las catástrofes naturales en las economías regionales y en sus centros urbanos" (el remarcado es nuestro) y la publicación que resultó del mismo apareció bajo el título Desastres naturales y sociedad en América Latina (Caputo, Hardoy y Herzer, comp.; Buenos Aires, GEL, 1985).
3. Entendemos que determinados sectores sociales se convierten en actores sociales cuando son capaces de proponer una alternativa social global a partir de sus propios intereses

y actuar conforme a ello.

4. "De la tabla de masas totales anuales de los años húmedos proporcionada por el Proyecto Chira-Piura (Joo y Otero, 1983; Mugica, 1983) puede calcularse, incluyendo los años de mayor caudal, un promedio de 6.752 millones de m<sup>3</sup> para el Chira y de 2.174 para el río Piura. La masa correspondiente a los seis primeros meses de 1983 fue de 17.500 millones para el primero y de 11.000 para el segundo" (Franco 1985: 186).
5. Término que, a partir de los años '70, reemplaza en el Perú al de "barriadas" para denominar a las poblaciones urbano-marginales generalmente nacidas de una invasión de terrenos de propiedad pública o privada.
6. La tasa de analfabetismo en Piura supera el promedio nacional y hay zonas, como la sierra del departamento, en que es del orden del 40% para la población de 15 años y más (Bernex y Revesz 1988: 156).
7. Simbilá cuenta actualmente con cerca de 3000 habitantes, de los cuales alrededor de 60 son artesanos alfareros (Camino 1982: 21), antiguos "olleros" que ejercen su oficio siguiendo una técnica ancestral, muy propia de la costa peruana prehispánica.
8. Los despoblados de Piura constituyen parte de una franja longitudinal de la costa peruana que cruza sus valles transversales desde el departamento de Lambayeque, al sur, hasta el de Tumbes al norte. Se trata de una sabana subtropical, con un bosque ralo y espinoso, con suelos limo-arenosos que favorece el largo vegetar de los rizomas y reverdece enormemente con las lluvias estacionales (Collin Delavaud 1984: 32,33). Con algarrobos (*Prosopis* sp.), sapotes (*Capparis angulata*), faiques (*Acacia macracantha*) y overales (*Cordia rotundifolia*) y un conjunto numeroso de gramíneas y leguminosas posee recursos forestales y pecuarios que permiten la subsistencia y reproducción de importantes poblaciones fundamentalmente ganaderas allí asentadas.
9. "En 1914 el distrito de Catacaos tenía ya 40.000 habitantes (en 1886 había tenido sólo 13.808) y en el censo de 1971 los cinco distritos en que más tarde fue dividido el distrito de Catacaos tenía en conjunto 76.000 habitantes" (Franco 1985: 189).